



¡Un ángel más!

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

¡La noche va llegando!
¡Qué largo ha sido el día!
Así, en tu blando seno
me gusta descansar.
Mas, dime: ¿por qué lloras?
¿Qué tienes, madre mía?
¿Qué indica tu tristeza?
¿Qué indica tu pesar?

Son tristes tus suspiros ;
 tus lágrimas ardientes...
 No llores ; sólo quiero
 mirarte sonreír.
 ¡Abrazame!... ¡Ay, qué frío!
 Tú, madre, ¿no lo sientes?
 Estréchame en tus brazos
 y déjame dormir.

—
 ¡Qué negra está la noche!
 ¡Qué miedo, madre mía!
 ¡Por todas partes sombras
 contemplo con terror!...
 ¡Ay, madre! ¿No te asusta
 la niebla densa y fría
 que aumenta y que se extiende
 por nuestro rededor?

—
 Mas ¡calla! no te asustes...
 Allí una luz fulgura.
 Célica voz escucho...
 ¿No escuchas tú esa voz?
 ¿No ves allí aquel ángel,
 radiante de hermosura
 que entre doradas nubes
 acércase veloz?

¡Qué hermoso está! ¿Le miras?
 Con sus lujosas galas
 en agitado vuelo
 se mueve sin caer...
 ¿En este mundo, madre,
 tendré yo también alas?
 ¿Ó sólo yendo al cielo
 se pueden ¡ay! tener?

—
 La claridad aumenta...
 Mil ángeles hermosos
 sus liras de oro y nácar
 comienzan á pulsar...
 ¿No escuchas tú esos cantos,
 los cantos armoniosos
 que sólo allá en la gloria
 se deben escuchar?

—
 Ya el ángel se aproxima...
 ¡Qué mágicos colores!
 Mis ojos extasiados
 contemplan un Edén...
 ¡Ah! Mira, ya mi cuerpo
 cubierto está de flores...
 ¡El ángel me las trae!
 ¡El ángel que es mi bien!

¿Por qué, madre, en tus brazos
 me estrechas temblorosa?
 ¿Qué indican esas lágrimas?
 ¡Contesta pronto, dí!
 ¡Sonríe, madre mía!
 Sonríete amorosa...
 No llores, porque entonces,
 me harás llorar á mí.

Mas ¡ay! ante mis ojos,
 se extiende denso velo...
 El ángel me adormece
 con su celeste voz...
 Ya entre sus tiernos brazos
 siento elevarme al cielo:
 ¡Adiós, madre querida!
 ¡Adiós, por siempre! ¡Adiós!



El compañero de viaje

— Buenas tardes, caballero.
 Perdone usted.

— No hay de qué.

— ¿Usted, por lo que se ve,
 es el único viajero?

— Que yo sepa, sí señor.

— Lo celebro. Estoy rendido.

¡Jesús, lo que yo he corrido!

¡Cómo vengo de sudor!

Tomé un simón, y por poco,

junto á la plaza de Oriente,
me mato. Indudablemente,
el caballo estaba loco.
Me he tenido que apear,
porque me estaba temiendo
un vuelco, y vine corriendo
con temor de no llegar.
Porque si llego á perder
el tren, ¡valiente perjuicio!
Pero ¡cómo está el servicio
de los coches de alquiler!
Yo no he visto abuso igual,
ni policía como ésta...
Si es que á usted no le molesta
voy á subir el cristal.
¡No! Ya no viene más gente.
¡En marcha! ¡Gracias á Dios!
Vamos á pasar los dos
la noche admirablemente.
Esto es casi un reservado.
Da gusto viajar así.
¿Prefiere usted ir ahí,
ó quiere usted este lado?
Creo que irá usted mejor
yendo de espaldas al tren.
—Muchas gracias. Estoy bien.
(¡Lo que habla este buen señor!)

—Usted me perdonará,
pero á mí se me figura
conocerle. ¿Por ventura
vive usted en Alcalá?
—No señor.

—Pues lo creí.

Se parece usted bastante
á un tal Ruiz, un comerciante
muy rico, á quien conocí
en Trillo el año pasado.
Quizá le conozca usted.
Se llama don Bernabé,
y creo que está afiliado
al partido sagastino,
y tiene un primo carnal
diputado provincial
casado con la de Pino;
ya lo sabrá usted, la Irene,
una chica encantadora,
de la que dicen ahora
que si tiene ó si no tiene
que ver con un tal Sicilia,
pariente de los de Orozco...
—Pues, no señor, no conozco,
por fortuna, á esa familia.
—¡Caramba! Pues cuando entré
en este departamento

y le ví á usted, al momento
me dije: ¡Don Bernabé!
Pero no, me he equivocado,
aunque se parecen mucho.
Él es gordo y morenucho,
y usted rubio y muy delgado.
Yo soy buen fisonomista
y no se me escapa nada;
pero hace una temporada
que estoy muy mal de la vista.
Tengo una aprensión tremenda.
Usted no sabe lo que es
estarse cerca de un mes
á obscuras con una venda.
¡Eso es terrible!

—(¡Qué lata!)

—Yo no sé lo que será.
Para mí, que se me está
formando una catarata.
Me hace daño la impresión
repentina de la luz.
Ya me han visto Santa Cruz
y Cervera y Calderón...
¡Y nada! Ninguno sabe
lo qué es, ó se lo han callado.
Así es que estoy escamado.
Créame usted que esto es grave.

—(¡Es insufrible esta charla!)

—¿Usted es madrileño?

—No.

—Yo tampoco; es decir, yo
soy de cerca. Soy de Parla.

—¿De Parla? (¡Ahora me lo explico!)

—Allí mi niñez pasó.

Le voy á contar á usted...

—¡No, gracias! ¡Se lo suplico!

Voy á ver si duermo un rato.

Me estoy cayendo de sueño.

—¡Corriente! Es usted muy dueño.

¡Feliz usted! Yo, aunque trato
de dormir yendo de viaje,
nunca logro mi deseo.

Me marea el traqueteo
monótono del carruaje.

¡Y mire usted que este tren
anda menos que un simón!

¿Va usted lejos?

—Á Gijón.

—¿De veras? ¡Pues yo también!

—¿Usted también? (¡Qué castigo!

¡Pues me voy á divertir!)

—Si trata usted de dormir,
échese usted más abrigo.

Está muy fría la noche

y es necesario arroparse,
 pues no es lo mismo acostarse
 en la cama que en un coche.
 Yo tengo mucha aprensión,
 y procuro estar en todo.
 —¿De veras? (Pues ya sé el modo
 de quitarme este moscón).
 ¿Con que es usted aprensivo?
 —¿De una manera horrorosa!
 Cuando siento cualquier cosa,
 ya no descanso ni vivo.
 Ha poco, cuando venía,
 sentí un dolorcillo aquí,
 y en seguida me temí
 que fuera una pulmonía.
 Me mudé de la plazuela
 del Cordón el mes pasado,
 porque un vecino de al lado
 tuvo un chico con viruela.
 ¡Esto, amigo, no es vivir!
 —¿No señor! Yo, por fortuna,
 no tengo aprensión ninguna.
 Vine á Madrid á asistir
 á un primo mío carnal,
 y á su lado me acosté.
 ¡Ayer se murió!
 —¿De qué?

—¿De tifus abdominal!
 —(¡Caracoles!)
 —¿Pobrecito!
 Con el disgusto me siento
 desde ayer calenturiento,
 y he perdido el apetito,
 y me duelen los riñones,
 y la frente me molesta...
 —¿Una estación? ¿Cuál es ésta?
 Voy á ver... ¡Torrelodones!
 ¡Hombre! ¡Va aquí don Manuel
 y no me había enterado!
 ¡Vaya, abur! Voy á su lado,
 pues tengo que hablar con él.
 Le abandono á usted con pena;
 pero es amigo, y no quiero...
 Buenas noches, caballero.
 —¿Vaya usted enhorabuena!
 (¡Dios bendiga su aprensión!
 ¡Fué una idea salvadora!
 ¡Á dormir! ¡Lo que es ahora,
 no despierto hasta en Gijón!)





La adulación

De un dolor en un brazo se quejaba
en Palacio una noche el Soberano,
y el médico que vió que se trataba
de una simple neuralgia del *mediano*,
le hizo tomar una poción calmante,
y se quedó el monarca tan campante.

—«¿Qué ha tenido el señor?—con gran misterio
le preguntó al Doctor el Intendente.
—Pues, hombre, nada serio.

Ya está perfectamente.
Una simple neuralgia, por el frío,
en el nervio *mediano*.

—¡Señor mío!

¿*Mediano* le llamáis?

—No os asombre.

Así le llamo, porque así es su nombre.
—Sea su nombre ó no, yo no me meto ;
pero eso es una falta de respeto.
Tratándose de un Rey, por cortesía,
no debéis emplear ese vocablo.
—¿No lo debo emplear? ;Qué tontería!
Respeto al Rey, pero también ;qué diablo!
Respeto al Rey, pero también ;qué diablo!
se debe respetar la Anatomía».

Y se marchó el Doctor de la Intendencia
riendo tan estúpida ocurrencia.

—
Cuando al día siguiente
fué á saludar al Rey el Intendente,
le dijo :—Ya he sabido
lo que anoche, Señor, habéis sufrido ;
pero gracias al Dios Omnipotente
vuestra hermosa salud no ha padecido.
—Hoy, por fortuna, estoy perfectamente.
Pero, hijo, anoche al retirarme al lecho
me acometió un dolor desesperante
en el brazo derecho.

Vino el Doctor, me recetó al instante,
y de su ciencia estoy muy satisfecho ;
pues, gracias á aquel mágico calmante,
lo mismo que un lirón
dormí toda la noche de un tirón.
No sé cuál habrá sido
la causa del dolor.

—Yo la he sabido.

Asegura el Doctor, hombre eminente,
que, sin duda ninguna, el frío insano
produjo una neuralgia de repente,
en un nervio que llega hasta la mano,
que en todos los mortales es *mediano*
y en Vuestra Majestad es *excelente*.





Defensa del aguador

Hay seres cuyos dolores
aumenta la burla aleve;
yo me propongo, señores,
hablar hoy como se debe
de los pobres aguadores.

Pues la gente cortesana
 los combate por sistema,
 mi defensa es justa y llana :
 el aguador es emblema
 de la honradez asturiana.

Vedle siempre trabajando
 —sin mostrar por nada asombro
 de cuanto aquí esté pasando—
 siempre con la cuba al hombro,
 siempre subiendo y bajando.

Cortés á carta cabal,
 es esclavo del deber ;
 siempre humilde, siempre igual,
 poniendo su orgullo en ser
 cariñoso y servicial.

Vedle en la fuente callado
 sin que su pecho haya dado
 jamás abrigo al encono.
 ¡Vedle en su cuba sentado
 como un rey sobre su trono!

Allí aprovecha el momento
 que al descanso le convida ;
 da rienda á su sentimiento
 ¡y eleva su pensamiento
 á su *tierruca* querida!

¡Cuánto al pobre le recrea
 tener sus recuerdos fijos

en tan dulcísima idea!
 ¡Piensa en su casa, en su aldea,
 en el amor de sus hijos!...

Vedle, como yo le veo,
 ya triste, ya sonriente,
 arrullando su deseo
 el constante borboteo
 de los chorros de la fuente..

¿Por qué esa burla implacable
 del aguador ha de hacer
 una víctima insociable?
 ¿Qué halla el vulgo en ese ser
 de risible y despreciable?

Pues el defecto mayor
 que tiene ¿sabéis cuál es?
 Os lo diré, sí, señor :

Pues dicen que el aguador
 tiene muy grandes los pies.

¿Y esto es un defecto? ¡Bah!
 Esto es sobra ¡claro está!
 Y prueba—valga la frase—
 que es partidario de la
 política de *ancha base*.

De su conducta en favor
 con orgullo certifico
 un dato de gran valor :
 ¡jamás un solo aguador

ha estado en el *Abanico!*

Sólo una vez ¡ay de mí!
una noticia leí
que me dejó turulato.

Era una noticia así:

«*Robo con asesinato.*

*En la calle del Factor
hubo un crimen espantoso.*

Ya está convicto el autor.

Dícese que es aguador».

¡¡Aguador!! ¡Dios poderoso!

¡Jamás noticia ha salido
en periódico formal
que más haya sorprendido!
¡Ni un rayo hubiera podido
producir efecto igual!

¡Asesino un aguador!
¡No puede ser! ¡No señor!
— Así exclamaba la gente. —
¡Eso es falso! ¡Hay un error
de clase, indudablemente!

Y pronto la corte entera
vió que el vil y fementido
que tal crimen cometiera,
era un Aguador, ¡pero era
un *Aguador* de apellido!

.....

¡Pobre astur infortunado!
Desprecia con altivez
al que te haya calumniado,
¡que para ser respetado
te basta con tu honradez!





La opinión de Pinín

(HISTÓRICO)

Entre denuestos é injurias
con mucho acaloramiento,
trataba un Ayuntamiento
de un pueblecito de Asturias,
de lo conveniente que era
que el ferrocarril pasara
por el pueblo, y lo cruzara
matando la carretera.

En horrible confusión
 todos hablaban en balde,
 hasta que el señor alcalde
 encauzó la discusión.

—«Señores,—dijo—yo creo
 que es inútil discutir
 y todos debemos ir
 unidos en un deseo.

La idea aquí necesaria
 es aprobar el trazado;
 pues creo haber demostrado
 de una manera palmaria,
 que el pueblo que el bien recibe
 y no lo rechaza, crece
 y se ilustra y se enriquece
 y se civiliza y vive.

El ferrocarril será
 nuestro bien, sin duda alguna.
 Vierte riqueza y fortuna
 por donde quiera que va.

Venga, pues, sin dilación,
 que, al fin, oponerse á eso
 es oponerse al progreso
 y á la civilización».

—
 Con tal discurso aturridos,
 oyendo razones tales,

quedaron los concejales
 casi todos convencidos.

No había temor de gresca;
 pero *Pinín el de Antona*
 el concejal, que es persona
 que sabe lo que se pesca,

levantóse á hablar, y habló
 en estilo liso y llano:

—«Yo soy un *probe* aldeano
 que nunca nada estudió;

pero, en fin, á mi manera,
 aunque me llamen cerril,
 me opongo al *fierro-carril*
 que mata la carretera.

El alcalde *entusiasmar*
 á que se *faiga* se atreve,
 pero que el *diablu* me lleve
 si *non* está *equivocau*.

Déese de *comenencias*.
 Aquí lo que nos *convién*
non ye ver pasar el tren;
 valen más *les diligencias*.

Que pasen carros á pares
 por la noche y por el día,
 pues *ye* la carretería
 la vida de estos *llugares*.

Y *coste* que esta opinión

*non ye nada interesada,
pues yo nin vendo cebada,
nin soy dueñu de mesón.*

Que lo tenga el *pueblu* en cuenta
y una vez, y cien, y mil
diré que el *fierro-carril*
si pasa ¡nos *arrevienta!*

¿Que *deixa* *riqueces!* ¡Bah!
¡Que *non* me vengan á mí!...
En los pueblos grandes, sí;
pero en los pequeños ¡quiá!

¿Qué ha de *deixar!* Yo presumo
que en los pueblos de esta clase,
llega, para, *áibla*, váse,
¡y *non deixa* más que el *fumo!*



La fuente milagrosa

I

Á Santa Cruz de Solano,
—un pueblecito muy sano
muy alegre y muy tranquilo—
llegó á pasar el verano
el señor marqués del Tilo.